

55/2019

14 de junio de 2019

*José María Peredo Pombo**

La Europa democrática en el camino de la
ilusión: desafíos tras las elecciones al
Parlamento Europeo

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

La Europa democrática en el camino de la ilusión: desafíos tras las elecciones al Parlamento Europeo

Resumen:

Este texto se centra en el análisis político ante los desafíos que afronta la Unión Europea tras las elecciones al Parlamento Europeo. Muestra una valoración sobre los resultados desde la perspectiva geopolítica multipolar de la actualidad y el papel de una Unión Europea fuerte y centrada en ese entorno.

Palabras clave:

Europa, Parlamento Europeo, democracia, seguridad, valores europeos.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Democratic Europe on the way of the illusion: Main challenges after the European Parliament elections

Abstract:

This text provides a political analysis about the challenges of the European Union after the elections to the European Parliament. It shows an evaluation of the results through the ongoing multipolar geopolitical perspective, and focusing on the role of a strong and balanced European Unión on this context.

Keywords:

Europe, European Parliament, democracy, security, European values

Cómo citar este documento:

PEREDO POMBO, José María. *La Europa democrática en el camino de la ilusión: desafíos tras las elecciones al Parlamento Europeo*. Documento de Opinión IEEE 55/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

La Europa democrática y de éxito que hemos construido bajo el principio de la soberanía compartida; liberal, solidaria y humanista desde su concepción; y que ha sufrido los embates de la crisis y la presión de los populismos, ha hablado el 26 de mayo para decir con sus votos que el proyecto democrático europeo se ha impuesto a la incertidumbre y al euroescepticismo de manera clara e incontestable. El Partido Popular Europeo, la Alianza Progresista de Socialistas y Demócratas y la Alianza de Liberales y Demócratas por Europa mantienen el liderazgo en el Parlamento Europeo sumando entre los tres 436 diputados. Con estos resultados la globalización recibe un impulso desde Europa, como lo recibe el libre mercado, las políticas sociales y el respeto a la diversidad y a la sostenibilidad ambiental, confirmada también en estas elecciones con el ascenso de los Verdes hasta los 70 escaños.

En una campaña fracturada y condicionada por las tensiones intraestatales, por el *brexit* y por las fuerzas políticas populistas, la victoria de las propuestas integradas en las grandes familias del centro derecha europeísta y democristiano; de socialistas y social-demócratas, de liberales y de los Verdes, acarrea la reactivación del futuro comunitario, y la consolidación de una idea de Europa, basada en los principios que han convertido a la Unión en la entidad política con mayor grado de desarrollo democrático supranacional de la historia. Una Europa de los europeos y para los europeos, creíble y concretada en instituciones democráticas y abierta, como siempre estuvo, a la vinculación de nuevos estados y ciudadanos.

La elección del Parlamento, órgano de representación democrática directa de los ciudadanos europeos junto a los parlamentos nacionales y cada vez con mayor protagonismo en la arquitectura política de la UE, ha sido un desafío en sí misma. Del equilibrio de fuerzas y capacidad de gestión de la diversidad que la nueva Cámara desarrolle, dependerá el sentido de muchas decisiones políticas en los próximos años. Pero, además, tras un largo periodo de recuperación económica y política, Europa debe ahora redefinir y reforzar su papel en el escenario global multipolar y, debe hacerlo, haciendo más fuerte su proceso de integración, más ágil su contacto con la ciudadanía y más firme su compromiso con los valores democráticos y atlánticos.

Un mundo multipolar de grandes potencias globales

La UE se enfrenta hoy a su propia esencia y razón de ser en el horizonte de un mundo de potencias de grandes dimensiones demográficas y territoriales, y de estrategias de cooperación y de relaciones globales altamente sofisticadas tecnológicamente competitivas y políticamente inciertas. «El fluido contexto geopolítico actual tiende a caracterizarse por un “regreso” a una situación similar a la previa de la Segunda Guerra Mundial o política de las grandes potencias (*power politics*). Un ámbito en rápido desarrollo que, como consecuencia de la evolución, lo más probable es que modifique los elementos del orden mundial hasta ahora vigente, como es el caso de las existentes alianzas militares que tendrán que adaptarse a la nueva distribución de centros de poder o, por el contrario, desaparecer»¹.

Estados Unidos está multiplicando esfuerzos para reconfigurar su potencia en el nuevo entorno de transformación y para fortalecer su liderazgo en lo que ya considera como un futuro orden postliberal. La Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 representa un cambio de rumbo desde el multilateralismo liberal hacia posiciones realistas donde la amenaza terrorista ha sido sustituida por la amenaza comercial y donde, junto a los enemigos representados por grupos terroristas y Estados hostiles del orden tradicional, ahora incorpora una renovada categoría de potencias rivales que aspiran a descomponer ese orden y establecer otro, con distintos principios y actores.

Rusia y China son los principales exponentes de esa rivalidad, en permanente estado de competencia, mientras Europa mantiene su posición de aliado político, aunque la dinámica agresiva de la Administración Trump ha advertido sobre la posibilidad de revisar las bases de su alianza en materia de seguridad y ha cuestionado la viabilidad de la UE como socio comercial prioritario. El apoyo explícito del presidente norteamericano al *brexit* así lo ha puesto de manifiesto.

Según los propios analistas norteamericanos del *Brookings Institute* reunidos para elaborar en febrero de 2017 el informe *Building situations of strenght*, al analizar la situación geopolítica de la actualidad señalan: «The present situation is more of a revisionist challenge than a security dilemma... Revisionists tend to probe for the non-vital

¹ FOJÓN LAGO, E. (2019): *El futuro ambiente cooperativo y la cohesión de la OTAN*, Documento de Opinión 50/2019 10.

interests of their rivals»². Y en esa revisión sobre las prioridades y determinados intereses, Europa se ha convertido en una suerte de tablero de simulación de operaciones comerciales y políticas. Su capacidad de reacción en el conflicto de Ucrania; los límites de la estabilidad económica en Grecia y otros países en crisis; la alternativa negociada o dura del *brexít*; la disyuntiva de la bilateralidad frente al gran acuerdo multilateral en las negociaciones sobre el proyecto de la Nueva Ruta de la Seda, pueden servir como ejemplos de procesos que representan tensiones y evaluaciones de la capacidad de delimitación de intereses por parte de los europeos, presionados por actores internacionales estatales o corporativos.

En este mundo competitivo, Rusia ha recuperado parcialmente su papel como gran potencia a través de una intensa actividad diplomática y poniendo en valor sus recursos energéticos y su estructura armamentística y de defensa, comercialmente y en el entorno global. Una activa estrategia de comunicación política y de propaganda en los últimos años le ha acercado a regiones y países que, o bien por proximidad a sus áreas de influencia, o bien por lazos culturales, han sido receptivos a este renovado *soft power* liderado por Vladimir Putin. La implicación rusa en el conflicto de Siria, su renovado protagonismo en Oriente Medio, la venta de armamento a Turquía, la abierta discrepancia con las posiciones europeas en la cuestión de Ucrania, el apoyo al régimen de Maduro en Venezuela... Todos ellos son ejemplos significativos de que Rusia ejerce como una gran potencia con todas las armas a su alcance, incluyendo la de la desinformación y la propaganda.

China ha implosionado gracias a su capacidad de producción y distribución global de bienes y, a partir de ese «gran salto» hacia el progreso, ha asumido su creciente rol de gran potencia y, por tanto, de actor con voluntad y capacidad de transformación del orden internacional o de su revisión. La estrategia Made in China 2025 para liderar el nuevo entorno 5G y su decidida apuesta por consolidar una alternativa tecnológica global al poder norteamericano en este ámbito, ha provocado las primeras tensiones relevantes en la competencia comercial y en la geoeconomía digital, escenificadas con la crisis de Huawei. De igual manera, la denominada «oportunidad estratégica 2000-2021» y su proyecto para consolidar unas fuerzas armadas competitivas en el escenario global en 2049, ponen de manifiesto que la voluntad china de encabezar el

² VV.AA. (2017): Building Situations of Strength: A National Security Strategy for the United States. Foreign Policy at Brookings

orden asiático en el corto y medio plazo no se detiene en esa región, sino que aspira a convertirse en un posicionamiento de liderazgo global a largo plazo. Finalmente, el proyecto de inversiones y comercial de la Nueva Ruta de la Seda es el exponente más evidente de cómo la acción política china combina el poder económico y la geoestrategia para implementar un nuevo orden.

En Europa, la reacción ante los cambios que se venía advirtiendo desde hace tiempo, no se ha afrontado con coherencia ni con criterios sólidos para saber aprovechar la crisis política europea y la transformación del orden global, y avanzar en la creación de una política exterior común. Ni tampoco para poner en marcha una política de seguridad más ambiciosa, acorde con las necesidades crecientes de modernización tecnológica y de incremento de las inversiones y del gasto de los Estados miembros. Por el contrario, la ausencia de potencialidad parece haber producido la llegada de una tormenta perfecta para la consolidación del euroescepticismo en la sociedad.

Si la aparición de mercados emergentes y la dinámica de la globalización habían distorsionado los patrones económicos en las pasadas décadas, la movilidad de capitales e inversiones hacia esos mercados y proyectos, la deslocalización de empresas y la necesidad de asumir y aprovechar el entorno globalizado, terminó desestructurando o destruyendo finalmente sectores de producción y miles de puestos de trabajo. La crisis económica en la última década ha causado estragos en algunas potencias y países europeos; y ha generado una serie de políticas de austeridad que han debilitado la credibilidad del modelo europeo. La opinión pública, además, ha vivido durante años en un ambiente de inseguridad provocado por las acciones terroristas que han tenido como objetivo los centros de poder y, por consiguiente, las capitales europeas. En algunos casos la inmigración se ha interpuesto como argumento para explicar el caldo de cultivo que significaba el fenómeno para la proliferación de esta minoría de radicales. En este periodo histórico, además, la emergencia de los populismos y la miopía de los particularismos ha contribuido a desdibujar el sentido europeísta y el propio proyecto europeo. Y en ese proyecto desdibujado, han encontrado en su espacio político distintas maneras de entender Europa. En algunos casos lideradas por partidos y movimientos que promueven y trabajan para debilitar el dinamismo de la Unión y plantear otra Europa, desde la debilidad.

Se encuentran diferentes escenarios desestabilizadores en el seno de la UE, como las tendencias disgregadoras y euroescépticas que, como en el caso del *brexit*, han priorizado el interés particular y nacional antes que seguir avanzando en el proceso de integración; las minorías localistas y grupos independentistas que buscan en Europa aquello que no encuentran en sus Constituciones, y consideran a las instituciones como un refugio o una alternativa política para continuar con sus estrategias de reivindicación y de reconfiguración de los marcos legales existentes; los nuevos grupos ultraconservadores que pretenden aprovechar la vía británica para intimidar a los supuestos burócratas de Bruselas, pero que en el fondo utilizan a la UE para sus intereses políticos nacionales; y también las fuerzas de extrema derecha que han pretendido debilitar la Unión y construir «otra Europa» porque no se sienten cómodos en la actual.

En las recientes elecciones, el éxito de Salvini en Italia, de Farage en Reino Unido y de Le Pen en Francia confirman que el populismo eurófobo sigue supurando, como una cicatriz no cerrada, en un cuerpo europeo tan diverso. Estas opciones políticas no constituyen de momento ninguna alternativa para el proyecto y continúan expresándose a través de concepciones y partidos dispares, muy desunidos a pesar de los intentos de algunos intereses, y del propio Salvini, por aproximarlas. Si los euroescépticos y críticos ya estaban divididos en varias familias minoritarias en el anterior Parlamento, que agrupaban a grupos conservadores, más nacionalistas, por un lado, a los populismos antieuropeos por otro y al UKIP británico y el Movimiento Cinco Estrellas italiano, —en una tercera y rocambolesca «familia Adams» antieuropea—, en esta legislatura no parece nada fácil que puedan alcanzar mayor cohesión.

La crisis del *brexit* ha dejado en la cuneta a dos primeros ministros conservadores en tres años y, de momento, no tiene aún visos de solucionarse a la espera de que la decisión británica sobre los términos del acuerdo de salida del Reino Unido tome el camino de asumir la propuesta aceptada por los negociadores o afronte el turbulento sendero de la desconexión por la vía dura. Pero, junto a esta situación crítica, en la Unión de los 27 se han sumado otras dos tensiones que ralentizan y desdibujan la naturaleza y viabilidad de la Europa integrada a través de lo que había sido en el pasado un proceso firme y cuasi irreversible: Una es la tensión entre los países del norte y del sur que se ha desatado en los años más duros de la recesión económica y ha puesto sobre la mesa la necesidad de replantear el marco económico y el propio

modelo europeo, bien para reforzarlo o bien para modificarlo. Y otra, la tensión surgida entre los países fronterizos del este y del sur y la Europa, llamémosle central, motivada por la afluencia de refugiados e inmigrantes de forma masiva que, por motivos políticos y humanitarios o por razones económicas, han desestabilizado el orden social y político de la Unión y generado amplias y diversas zonas de fricción política y social.

Una de estas fricciones más relevantes y menos coyunturales que advierten sobre la reversibilidad del proyecto europeo, se ha producido en el centro y este de Europa donde algunos partidos conservadores han hecho fuertes electoralmente y visibles las posiciones nacionalistas menos comprometidas con la soberanía compartida europea, así como la firmeza en el control de las fronteras. El partido de Victor Orban, Fidesz-Unión Cívica Húngara en Hungría y el polaco Ley y Justicia (PIS) son los ejemplos más llamativos de estos grupos que proponen ahora otras formas de construir Europa. También en la República Checa y en otros países se reproducen fenómenos similares.

Además de la inmigración y los flujos ilegales de personas que les podrían acercar a las posiciones lideradas por Salvini en Italia, sería necesario analizar con detenimiento el sentimiento contrario a la soberanía compartida en la región, incorporada de manera general en 2004 a la Unión, y que no se ha sentido partícipe de la construcción como sí ocurrió en otros países fundadores o que, como en el caso español, se incorporaron en los momentos de mayor fervor europeísta de los años ochenta y noventa. El ansiado fortalecimiento de una política exterior y de seguridad ha sido un argumento recurrente para captar la adhesión de la zona postsoviética a la Unión. Y debería evaluarse cómo perciben los ciudadanos de estos países del este y del centro, el permanente fiasco del proyecto en este ámbito.

La Unión no es tampoco ningún ente lejano que impone políticas salvajes para mantener una estructura burocrática dirigida por el capital, como se ha planteado desde la izquierda populista. Europa es una realidad económica viva y tangible que inspira confianza y seguridad a los ciudadanos y a los Estados miembros. Con dos retos en el horizonte económico y social como son el desarrollo de la Unión Económica y Monetaria a través de la Unión bancaria y la progresiva armonización fiscal y el impulso de la Europa Social para paliar los efectos de la dura recuperación. Los partidos europeístas tendrán que equilibrar ahora ambos desafíos, desde el planteamiento común de que la generación de riqueza permite su redistribución y no al revés; y desde

el planteamiento de que tal generación de riqueza se produce dentro del euro y gracias a la fortaleza del euro, y no fuera del euro y por culpa de su debilidad, como pretendieron los populismos de izquierda al comenzar la crisis económica hace ahora una década. La caída por debajo de los 40 escaños de los grupos integrados en la coalición de la Izquierda Unitaria Europea que integra a estos populistas críticos y a otros extremistas tradicionales, parecen reflejar que la Europa de la protesta sin descanso ha dado paso a una Unión centrada y fuerte, capaz de aportar soluciones.

Europa como modelo, la democracia como solución

A pesar de todos estos procesos multidimensionales de cambio y de incremento del euroescepticismo en los últimos tiempos, la respuesta de los ciudadanos en las elecciones con una alta participación, así como las opciones políticas elegidas mayoritariamente, confirman que las posiciones europeístas se han fortalecido; tal y como reflejaban las encuestas de los sucesivos eurobarómetros desde junio de 2016. Así lo recoge el análisis coordinado por Mercedes Guinea y José Díaz Lafuente en el informe *El cumplimiento de la Comisión Europea con sus ciudadanos*, donde se destaca el cambio profundo de la opinión pública europea respecto al presente y futuro de la Unión: «Hay un cambio sustantivo respecto a las ventajas de la permanencia en la UE y a la necesidad de ampliar las competencias en ámbitos tales como Unión Económica y Monetaria, Política Social, Exterior, de Defensa, de Migración y Lucha contra el Cambio Climático»³.

Pero llega ahora la hora de trasladar el éxito de los resultados a la complejidad de las negociaciones sobre cargos y equilibrios institucionales. Y después, la hora de redefinir la dimensión y orientación de la Europa que queremos construir y proyectar en ese entorno global donde el orden liberal occidental está siendo cuestionado. Aunque la democracia, como ha quedado claro después del 26 de mayo, puede ser el elemento clave para reforzarlo. En el citado informe del *Brookings Institute* se dice lo siguiente sobre la democracia: «Moscow and Beijing perceived a threat to their regimes for the international support for democracy and worried about the consequences of integration into it». En un mundo competitivo, la amenaza para algunos rivales representa una

³ Guinea Llorente, M y Díaz Lafuente, J. (2019): El cumplimiento de la Comisión Europea con sus ciudadanos: un balance de resultados de la VII legislatura del Parlamento Europeo y recomendaciones para el futuro, Informe del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, Marcial Pons.

fortaleza para el resto de los competidores. Avanzar en el desarrollo democrático significa para Europa reactivar su posición en el nuevo tablero global.

Aunque los ritmos del progreso político europeo deban ajustarse a la diversidad política que las elecciones han manifestado, la idea de una Europa fuerte y centrada en sus valores e instituciones tiene que ser el marco de entendimiento prioritario en este momento, como lo ha sido en el pasado. En este sentido, la Comisión Europea publicó en 2017 el *Libro Blanco sobre el futuro de Europa*⁴ para proponer un debate sobre algunos escenarios posibles en el horizonte de 2025. En el documento se afirma que «ser un poder blando ya no es suficiente cuando la fuerza puede prevalecer sobre la ley», y se establecen cinco opciones político-estratégicas para abordar el desarrollo del proyecto europeo de los 27 durante los próximos años: 1) que la UE se centre en cumplir su programa de reformas positivas; 2) que retroceda y se vuelva a centrar gradualmente en el mercado único; 3) que se permita a los Estados que lo deseen una mayor colaboración en ámbitos específicos; 4) que la UE aumente y acelere los logros en determinados ámbitos, interviniendo menos en los demás (lo cual podría derivar en la creación de una Unión Europea de Defensa); 5) o que finalmente la UE decida hacer mucho más conjuntamente en todos los ámbitos. A la vista de los resultados, las opciones de mantener e incrementar desde la eficiencia distintas políticas, puede convertirse en el escenario más probable en esta legislatura.

Actuar con una sola voz en ese entorno geopolítico, tanto en materia económica como estratégica, resulta indispensable. La capacidad de negociación de los Estados de manera autónoma y de las empresas de manera independiente, debilita el posicionamiento europeo y el propio posicionamiento de los Estados nacionales, menos competitivos e inseguros en un marco desintegrado. Por esta razón, resulta necesaria la revisión del marco europeo en materia económica, la progresiva armonización fiscal y la armonización de las políticas sociales básicas, así como el incremento de la eficiencia y la desburocratización de los marcos regulatorios y administrativos. No puede implementarse ese proceso de integración si no se establecen con claridad unos principios, leyes y valores comunes compartidos. Dentro de ese marco reforzado y rediseñado de principios de comportamiento y políticas concretas, la UE no puede olvidar u obviar lo que es. El avance democrático no puede

⁴ Comisión Europea (2017): Libro Blanco sobre el futuro de Europa: reflexiones y escenarios para la Europa de los Veintisiete en 2025. Comisión Europea.

basarse en la destrucción de unas instituciones democráticas, sino en el impulso y la consolidación institucional. La democracia existe a través de las instituciones y procedimientos legales y no al margen de ellos. El derecho es la gran fortaleza de la Unión.

El paraguas europeo es más necesario en una economía globalizada y las políticas y los mensajes no pueden construirse en esta materia en clave nacional. «Europa es la responsable», se ha vociferado durante la crisis económica y durante la recuperación: «las políticas de austeridad europeas han deteriorado el estado de bienestar». Europa no es el problema, sino la solución. Y así debe de ser percibida y entendida tanto por los ciudadanos como por los socios y competidores.

Lo mismo ocurre con la postura común en materia de seguridad y defensa. Europa no tiene en este momento ni las capacidades, ni la voluntad de convertirse en una potencia global. Las inercias históricas y políticas de los grandes Estados miembros lo han dificultado sistemáticamente, como lo ha hecho la propia realidad de lo que hasta ahora ha sido la política exterior y de seguridad común: Un proyecto no esencial para la construcción europea. Pero muy probablemente, el desarrollo de esta fase de la globalización basada en las rivalidades globales y los intereses geopolíticos va a poner en entredicho esa dinámica.

En junio de 2016, según explica Fojón, se publicó la Estrategia Global de la Unión Europea (EUSG) consistente en un documento de consenso, sin sujeto estratégico. «El documento —destaca el autor— proclamaba la futura «autonomía estratégica» de la UE, con lo que se pretendía convertirla en un “actor estratégico”. En el caso de que se pudiesen llevar a cabo las previsiones de la EUGS, se abriría un escenario estratégico difícilmente asumible pues, entre otros aspectos, se promovía una cooperación OTAN-UE que se realizaría desde dos autonomías diferentes donde un mismo país asumiría dos Conceptos Estratégicos diferentes al pertenecer a las dos organizaciones, lo que constituiría una contradicción en términos». Fojón, asimismo, cuestiona en el informe las últimas decisiones europeas en materia de seguridad y defensa: «En septiembre de 2016, en un sorpresivo documento francoalemán se propone la creación de la Cooperación Estructurada Permanente (PESCO), regulada según el Tratado de Lisboa (TEU), que es aprobada por el Consejo en noviembre 2017, un año después de que la Comisión Europea aprobase el denominado Plan de Acción de la Defensa Europea

(EDAP) con el que se habilitaría el Fondo de Europeo de Defensa (EDAP) para el fomento de la industria de Defensa europea. La industria es el verdadero objetivo de la PESCO, dado el desfase tecnológico de la misma; aunque la definición de las nuevas capacidades europeas que tendría que financiar no se comprende sin la vigencia de un Concepto Estratégico Europeo, algo de lo que se carece».

El papel de Europa como actor global, reforzado con la aspiración de avanzar hacia su potencialidad en el contexto internacional, es más importante que nunca. A la vanguardia de la democracia, la cooperación para el desarrollo y la conciencia ambiental y sobre la diversidad, Europa tiene un lugar destacado en el futuro de las relaciones internacionales, pero su población retrocede de manera constante y pronunciada, y su poder económico también, ante la consolidación de lo que hasta hace poco solo eran actores y fenómenos emergentes. Las elecciones del 26 de mayo han abierto una puerta a la ilusión y a un optimismo renovado.

*José María Peredo Pombo**

Catedrático de Comunicación y Política Internacional
Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación
Universidad Europea de Madrid